

**RECONOCIMIENTO A LA CRÍTICA Y EL ENSAYO: ARTE EN COLOMBIA-  
MINISTERIO DE CULTURA-UNIVERSIDAD DE LOS ANDES-CONVOCATORIA  
DE ESTÍMULOS 2016**

**Categoría:** texto largo (más de 10.000 caracteres)

**Título de la propuesta:** INSISTENCIA ANTE EL DOLOR DE LOS DEMÁS

**Subtítulo:** *Carlos Castaño: la imagen de la violencia y de la construcción de la paz en Colombia*

**Seudónimo:** Settembrini

*“La finalidad de todo comentario sobre el arte debiera ser hoy el hacer que las obras de arte —y, por analogía, nuestra experiencia personal— fueran para nosotros más, y no menos, reales. La función de la crítica debiera consistir en mostrar cómo es lo que es, inclusive qué es lo que es y no en mostrar qué significa”.*

*Susan Sontag*

Lo último que vimos del famoso Carlos Castaño fue su mano. No nos dio su palabra, ni la posibilidad de entablar el más fútil diálogo, y, siendo coherentes, ni si quiera nos dio la mano. Apenas nos ofreció la imagen de su mano. Y no porque quisiera, sino porque se la cortó Jesús Ignacio Roldán, alias “Monoleche”, cumpliendo la orden que le dio Vicente Castaño, hermano del muerto y antiguo jefe de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia). Con la mano de Carlos, Roldán salvaría su pellejo y, de paso, el de su jefe, Vicente, alias “el profe”. Al punto en que a principio del año pasado quedó libre “Monoleche”, luego de que oficialmente se le declarara autor material e intelectual de siete asesinatos; y de que, extraoficialmente, hubiese coordinado decenas de masacres,

desapariciones forzosas, violaciones y crímenes de lesa humanidad, sin tener en cuenta, desde luego, el de Castaño (Flórez, 2006). A la fecha, Vicente permanece fuera de la justicia ordinaria colombiana, lo mismo que Roldán (Semana, 2014).

El gesto monstruoso apenas si puede compararse socarronamente con el poema de Gonzalo Arango, el nadaísta. Ese que dice: “una mano y otra mano no son dos manos”. “Son manos unidas”, dice el poeta, pero en este caso, diríamos, mejor, y, a riesgo de incurrir en el pleonasma, son “manos cortadas”. Hay versiones según las cuales Carlos Castaño habría sido el artífice -junto a un grupo de élite israelí- del asesinato de Pablo Escobar y a su hermano le habría dicho, luego del fratricidio, su madre: “ahora mátame a mí, pero con un cuchillo y en la vagina, que fue por donde te parí” (Semana, 2006). Los contubernios entre la crueldad. Es una historia que salpica sangre por donde se le mire y lo peor del asunto es que no hablamos de literatura, sino de cruda y sórdida realidad, o de realidad, sencillamente, sin adjetivos. Realidad a secas.

Pese a que hay quienes insisten, incluidos los mismos subordinados de los hermanos Castaño, que Carlos aún está con vida, escondido en la selva y que todo fue una urdimbre de conspiración interna, en el marco de la Ley de Justicia y Paz, entablada durante el anterior Gobierno y que habría sido tramada por miembros de diversos poderes del país, las fugas del asunto y los matices hermenéuticos imponen la fotografía de una mano cortada como contundente argumento de la realidad, limitando el espectro interpretativo y la imaginación deliberada de los paranoicos, de los insensibles y finalmente, de quien resuelva que el asunto le importa.

Parece que ante la aparente veracidad de la imagen no pugna más que el dolor abrumador de las víctimas, de quienes en carne propia han vivido las desproporciones sustantivas de esta centenaria guerra, y en especial los desmanes, las atrocidades de las AUC. El dolor que debe inscribirse en algo así como un recuerdo colectivo (y esa es la consigna) debe ser mostrado, evidenciado, para que no siga ocurriendo. Ante el dolor de los demás, ante el desgarrador llamado de un contexto que se retuerce en frente de nosotros, ante el desangramiento dosificado o inminente, ante esa impotente comprobación de que “asesinan frente a nuestros ojos”, no basta el consuelo de una foto a la que, valga decirlo, no tenemos acceso.

Sin embargo, no es de este Carlos Castaño de quien quiero hablar, sino de su homónimo, su doble, completamente opuesto, el coordinador de *La galería de la memoria*, una exposición itinerante de fotografías en las que se narra visualmente la historia de nuestro conflicto.

En lugar del aspecto intimidante del primero, Carlos Alberto Castaño Martínez nos cuenta, con una amabilidad ilimitada, su historia, en uno de tantos documentales que se le han hecho: “nacé en el año de 1991, en una vereda de Villa Hermosa, Municipio del Norte del Tolima, Parque Nacional de los Nevados. *La galería de la memoria* es un sinnúmero de imágenes fotográficas. En este momento, tengo más de mil fotografías que expongo diariamente. No solamente en la Carrera Séptima de Bogotá, sino en muchos otros lugares donde soy invitado: colegios, universidades, inclusive veredas, donde hay algún evento social, también, voy a estos sitios a exponer y a dictar conferencias sobre el tema de la memoria. Entonces la *Galería de la memoria* es eso: un buen número de imágenes que muestran la realidad y la crudeza de lo que ha sido el conflicto social y armado en Colombia. Y lo que es, porque todos los días en Colombia el conflicto nos deja muchos más muertos, muchas más violaciones a los Derechos Humanos.” (Fernandez, 2015)

No se puede afirmar que estos dos Carlos Castaño establezcan un diálogo. El primero ya está muerto; el segundo sólo ha recibido cartas de grupos relacionados con el paramilitarismo, en las que se le amenaza con pena de muerte si decide continuar con su exposición.

En lugar de eso, mientras estudio foto a foto, me parece establecer un diálogo con la escritora y crítica del arte, Susan Sontag, en especial con su libro *Ante el dolor de los demás* (2004), en el que se analiza el fenómeno de la fotografía “de guerra”. En uno de sus apartados, Sontag se pregunta por el sentido de ver imágenes tan impactantes como las de Eddy Adams, Frank Capra, Ernst Friedrich.



Imagen 1. A la izquierda, fotografía de Frank Capra; a la derecha, fotografía de Ernest Friedrich

El hecho de ser indiferentes ante las fotografías de muertes violentas, a las que nos habituamos con los periódicos amarillistas, en un país como el nuestro con un largo legado de violencia, no es nuevo. Mirarlas, leerlas y concentrar la observación, en cambio, siempre resulta renovador. El impacto, por ejemplo, de una foto como la de Nguyam Ngoc Loan, en la que Adams captura el instante mismo de una ejecución, se ha convertido en lugar común, y sin embargo siempre encontramos algo nuevo en la misma imagen.



Imagen 2. Fotografía de Eddy Adams

“El general no habría llevado a cabo la sumaria ejecución allí”, escribe Sontag al respecto de esta fotografía de Adams “si no hubiesen estado a su disposición para fotografiarlo” (Sontag, 2004, pág. 29). Lo mismo que las partículas cuánticas, nos comportamos de forma diferente cuando no somos vistos de cuando somos el objeto de observación. Pero en

tiempos de sociedades “transparentes” (Vattimo, 1991), esta “realidad en evidencia” no pone la fotografía como registro de un dolor ante el cual debemos hacer algo, al menos conmovernos, sino como estrategia de asedio entre los diferentes bandos de la guerra.

Las fotografías de las bajas guerrilleras, por un lado, son objeto de propaganda triunfalista del ejército o de los paramilitares. Las muertes de soldados corroboran la presencia y la vigorosidad de los grupos alzados en armas. Y el asunto no queda ahí: incluso los primeros planos de los homicidios atenuados por la “ira y el intenso dolor”, propio de las infidelidades de pareja, es blanco de malintencionada morbosidad de quienes sufren de celos. El obturador de la cámara pone distancia entre la realidad más sórdida y nosotros: “su punto es que la dimensión homicida de la guerra destruye lo que identifica a la gente como individuos, incluso como seres humanos. Así, desde luego, se ve la guerra cuando se mira distancia: como una imagen” (Sontag, 2004, pág. 73).

Somos capaces de ser indiferentes ante las fotografías, lo mismo que somos indiferentes ante la realidad. El uso que propone Sontag se inspira en una carta que Virginia Woolf le escribe a su abogado, publicada en 1938, en una colección de reflexiones titulada *Tres guineas*. Allí Woolf extiende la pregunta “¿Cómo hemos de evitar la guerra?” Y lanza una posible prerrogativa: la de mostrarla, tal como sucede, con sus vejaciones y sus crueldades, mostrarla una y otra vez hasta que zahieran nuestro afecto: “Las fotografías de cuerpos mutilados sin duda pueden usarse del modo como lo hace Woolf, a fin de vivificar la condena a la guerra, y acaso puedan traer al país, por una temporada, parte de su realidad a quienes no la han vivido nunca” (Sontag, 2004, pág. 10). De allí se desprende todo un movimiento denominado “Guerra contra la guerra”, en la que podemos inscribir una prolija suma de esfuerzos artísticos, no sólo fotográficos y pictóricos (si tenemos en cuenta el trabajo de Alejandro Obregón, de Ignacio Gómez Jaramillo, Débora Arango, por contar sólo algunos), sino museales y, en este caso, callejeros.



Imagen 3. De izquierda a derecha: Violencia, de Alejandro Obregón; Martirio de Galán, de Ignacio Gómez y La salida de Laureano y justicia, de Débora Arango

Porque hay algo que diferencia esta exposición de tantas otras: en lugar de hacer parte de un proyecto museológico o de un programa educativo, una cuerda y dos árboles sirven de escenario para su montaje; y su financiación depende, así mismo, de la contribución de los transeúntes, esos observadores que somos todos.

Entre las casi mil fotografías que hacen parte del acervo de *La galería de la memoria*, una, entre tantas, me llama por el momento la atención. Vemos una congregación de personas en torno de un grupo de cadáveres que parecen ser identificados por un funcionario público, en el momento. Abajo podemos leer: “Masacre de ancestros en Nilo, Cauca, 1991. La semana antes de la masacre, el 7 de diciembre de 1991, miembros de la comunidad indígena páez (Nasa) denunciaron las amenazas de las cuales eran objeto. Lo hicieron ante el Alcalde y la Personería de Caloto, en una reunión realizada en la Vereda el Carrizal. Las autoridades no hicieron nada para proteger a esta comunidad. El 16 de diciembre de 1991, civiles armados llegaron hasta las haciendas de Nilo, amarraron y asesinaron a 20 indígenas. Un Juzgado de Instrucción de Orden Pública de Cali inició la investigación en diciembre de 1991 y vinculó a ella al Mayor de la Policía, Jorge Enrique Argüelles. Este señor se desempeñaba como Comandante de Distrito de Santander de Quilichao y al capitán Fabio Alejandro Castañeda, Jefe Antinarcóticos de Santander de Quilichao” (ver imagen 7).

Como esta, cada foto, capturada por el mismo Castaño Martínez o aparecida en la prensa nacional o internacional, entre las que destacan las de fotógrafos como Manuel H. y Sady González, propias del “Bogotazo” (ver imagen 3), cuenta con su correspondiente

descripción. “Si bien la imagen, como cualquier otra, es una inducción a mirar”, escribe Sontag, “el pie reitera, las más de las veces, la patente dificultad de hacerlo”.

El montaje diario de *La galería* coincide con un trabajo periodístico alternativo en el que se sigue narrando verbal y visualmente la historia de nuestra violencia en diversos medios alternativos como la revista *El salmón*. Su coordinador revela esa otra cara de la violencia en Colombia. La de las víctimas. Si bien su anverso (o su reverso), el homónimo jefe paramilitar, resultó asesinado precisamente por el interés de muchos de que no revelara información ante organismos internacionales, Castaño Martínez ha sido amenazado en múltiples ocasiones por mostrarnos lo que pasó. En el 2007, según narra en una entrevista, su casa fue allanada y en numerosas oportunidades se le ha prohibido montar el archivo de *La galería* en el espacio público. En medio del fuego cruzado, por decirlo de alguna forma, la cámara lúcida también es un arma: de estos hechos de censura, Castaño Martínez ha tomado fiel registro.

Ha recibido apoyo del Gobierno de España, ha recorrido todo el cono Sur de Latinoamérica, y en bicicleta ha ido levantando su exposición, narrando la historia de la violencia en Colombia, aún en contra de muchos y pese a las precariedades técnicas y logísticas de su método. No está acá la foto de la mano desmembrada del jefe paramilitar y las imágenes tampoco inducen a tomar partido por las posiciones insurgentes. En cambio, representan una completa insistencia ante el dolor de los demás, un pie de lucha contra la misma guerra. Y si se me permite, una resignificación del sentido original del poema de Arango que había citado antes, tan sombríamente.

Siento la necesidad de contribuir en este trabajo, la necesidad de apoyar en la labor de levantar constantemente nuestra memoria. Al final de la exposición hay una botella plástica improvisada para recoger las contribuciones de quienes asisten a *La galería*. Me parece poco lo que puedo ofrecer cuando suena la moneda entre las otras que hay en su interior, pero espero que estas líneas sirvan para “que nuestro país no quede en unas pocas manos, sino en todas las manos”, al decir de Arango.

Con todo, el simple hecho de verlas, de leerlas, de rastrear su contenido, ya es una contribución. Contribución contra la indiferencia, contra la coraza que venimos creando

ante las atrocidades de la guerra. Esa indiferencia que es, en nosotros los espectadores, siempre una causa del mismo conflicto y que ya no nos genera el más mínimo extrañamiento. Antes de dejar que cada quien haga su propia observación, y para cerrar el diálogo con Sontag, diría, parafraseándola un poco, que el asunto no se trata de análisis, ni de interpretación, sino de una especie de pasión compartida, ese sufrimiento que aunque es de otro, no deja de sernos ajeno.

La paz como construcción. La cito literalmente: “La compasión es una emoción inestable. Necesita traducirse en acciones o se marchita” (2004, pág. 83).



Imagen 4. Carlos Castaño y su *galería de la memoria*. Foto de Juan Carlos Escobar, tomada de El Espectador, 20 de julio de 2009.



Imagen 2. Tomada de <https://www.youtube.com/watch?v=ywGu9wdWPis>



Imagen 5. Tomada de <https://www.youtube.com/watch?v=ywGu9wdWPis>



Imagen 6. Castaño hablando de una fotografía en la que se muestra una movilización indígena. Tomada de [https://www.youtube.com/watch?v=fu\\_28a7stD8](https://www.youtube.com/watch?v=fu_28a7stD8)



Imagen 7. Masacre de ancestros en Nilo Cauca, citada en el texto. Tomada de [https://www.youtube.com/watch?v=fu\\_28a7stD8](https://www.youtube.com/watch?v=fu_28a7stD8)

## Bibliografía y cibergrafía

Vattimo, Gianni (1989), La Sociedad Transparente. Editorial Paidós. Milán.

Florez, María (2008) Los crímenes de 'Monoleche'. En: <http://www.elespectador.com/noticias/judicial/los-crimenes-de-monoleche-articulo-495191>

Revista Semana (2014). “Carlos Castaño mató a Pablo Escobar”. En: <http://www.semana.com/nacion/articulo/carlos-castano-mato-pablo-escobar/408144-3>

Revista Semana (2006). La maldición de Caín. <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-maldicion-cain/80670-3>

Entrevistas virtuales hechas a Carlos Alberto Castaño Martínez: en [https://www.youtube.com/watch?v=fu\\_28a7stD8](https://www.youtube.com/watch?v=fu_28a7stD8) y <https://www.youtube.com/watch?v=ywGu9wdWPis>.

Sontag, Susan (2004). Ante el dolor de los demás. En: [http://blog.fotoespacio.cl/wp-content/uploads/2013/08/Sontag\\_Ante\\_el\\_dolor\\_de\\_los\\_demas.pdf](http://blog.fotoespacio.cl/wp-content/uploads/2013/08/Sontag_Ante_el_dolor_de_los_demas.pdf)